

sin piedad, en primer lugar porque no sentirá en el ningún remordimiento de conciencia, y después porque estará seguro de la aprobación de sus electores.

Ahora bien, que se haga una nueva edición de la Comunque, que se tumben en tierra 20.000 ciudadanos, que otros 80.000 sean deportados u obligados a expatriarse y que se nos someta al régimen del estado de sitio: cuando todos vuestros militantes estén bajo tierra, en el baño ó en el extranjero, veréis, ó más exactamente, se verá—pues vos estaréis incluido en una de las tres categorías citadas, y probablemente en la primera—qué queda reducida la acción directa. El movimiento habrá muerto por toda una generación, quizá por dos.

He aquí por qué yo voto—pues la abstención no existe;—no votar es votar por el enemigo, á quien se facilita el paso.

Un gobierno clerical puede también comprometerse en una guerra, y el mismo Hervé sabe de sobra que su acción será impotente para impedirlo.

Ahora yo querría que se estableciera, como en Suiza, el *referendum* y la iniciativa de los ciudadanos; que el Senado fuese suprimido; que la Cámara se convirtiera en una Comisión legislativa y no en una asamblea de soberanos, y no puedo comprender al partido socialista haciendo campaña por la representación proporcional, que valdrá menos que el escrutinio uninominal porque matará algo más las iniciativas individuales, aplastando á los individuos en la «máquina» de los partidos, según la expresión americana. Podrían mejor hacer una hermosa campaña en favor del régimen directo y han preferido la de la representación proporcional de los reaccionarios.

El régimen directo favorecerá la acción directa, que podría á la vez practicarse, según los temperamentos, pacíficamente por unos, revolucionariamente por otros, contribuyendo las dos tendencias al mismo resultado.

Ved, mi querido amigo, que aunque me separe de vos en algunos puntos, vemos los dos lo mismo en el fondo teórico y juzgamos del mismo modo el estado social á que hemos llegado.

Os doy las gracias por el placer que me habéis proporcionado al leerlos, y os envío un cordial y muy fraternal apretón de manos.—A. Naquet.

No hay un antiparlamentario serio que no haya sentido los escrúpulos de que Naquet se hace eco, y confieso, por mi parte, que todavía vienen á turbarme de vez en cuando. Si algo podía hacerme vacilar, en efecto, no sería el temor de que pequeñas leyes obreras, leyes ineficaces e inaplicables para las tres cuartas partes y que obtendremos siempre—cuquiera que sea la composición de las Cámaras—si nosotros sabemos hacer para eso, además, todo lo que se debe hacer. No ciertamente sería sólo el temor de perder las libertades adquiridas.

Es muy difícil, sin duda, apreciar los riesgos en este orden. Naquet, en mi opinión, los exagera. Olvida que un gobierno de la izquierda ó de la derecha no podría ya sostenerse en Francia sin hacer amplias concesiones á las ideas modernas; olvida que desde hace algunos años todos los gobiernos de Europa, cualquiera que sea su denominación, responden de igual modo á las reivindicaciones obreras.

Admitamos sin embargo que los riesgos sean graves. Creo que un interés superior nos obliga hoy á pasar por ellos.

¡Ah! si uno pudiera desdoblarse; si se pudiera decir á los trabajadores: votad para mantener en el poder un partido izquierdista; pero no concedáis á vuestro voto otro alcance; y toda vuestra actividad, toda vuestra energía, reservadla para la acción directa y revolucionaria. Entonces la cosa sería muy sencilla.

Pero ahí está justamente la imposibilidad. Acción directa de un lado, parlamentarismo de otro, no constituyen medios simplemente distintos de los que se pueden emplear por turno, según las circunstancias y las necesidades, sino tácticas opuestas, antagónicas, que solo puede pensar en unir un eclecticismo utópico.

Cada uno corresponde á una concepción diferente de la vida y de la lucha. Cada uno supone un encadenamiento diverso y crea alrededor de ella una atmósfera irrespirable para los habituados al otro. No es acomodando el uno al otro con una misma fraseología socialista cómo se les puede conciliar.

Si combatimos la acción parlamentaria no es, como se nos reprocha á veces tonantemente, por un terror supersticioso del hombre que ha puesto ó pondrá el pie en el parlamento. Es porque ese modo de obrar es incompatible con los que deben conducir á la clase obrera á la victoria; es porque la moralidad y la mentalidad de los centros electorales y parlamentarios deben fatalmente destruir la iniciativa y el gusto de la lucha, sin los cuales no hay emancipación posible.

Queremos, además, reclutar hombres para la acción directa. Ahora bien; no hay peor militante para la acción directa que el buen votante de los comités electorales y el buen candidato de las comisiones parlamentarias.

En el fondo no se trata de impedir que las gentes voten, lo que sería pueril, sino á propósito y á favor de la agitación electoral, mostrarles lo que se podría hacer por otros métodos para su emancipación.

El antiparlamentarismo no es nada por sí mismo, á decir verdad; pero es el signo de un precioso estado de ánimo. Forma parte de un todo, de un bloque que no puede disociarse; es la expresión negativa de una multitud de buenas realidades positivas.

En este sentido es una necesidad á la cual los que comprenden y dirigen la lucha de cierta manera no pueden desprenderse.

¿Y cómo no ser antiparlamentarios los que queremos un socialismo integral, de entusiasmo y de conquista, cuando hemos comprobado que todos los retardos, todas las desviaciones y todas las abdicaciones del socialismo son debidas á las preocupaciones parlamentarias?

En cuanto á las reformas que propone Naquet, no parece que eso sea una solución. Más cada vez los burgueses, propietarios y capitalistas, consideran la actual máquina política como un indispensable medio de conservación. No la dejarán desmorozarse. ¿No es lo contrario lo que se dibuja? Ved á Briand, ese parapeto de la burguesía inepta, endosarnos suavemente su prolongación del mandato legislativo con renovación trienal. Para arrancar reformas tan profundas como las de que habla Naquet ahora, sería preciso batirse. Por lo tanto mejor es batirse por tomar las máquinas y la tierra.

No negamos que nuestra propaganda, francamente antiparlamentaria por la acción directa, trae riesgos; pero es llegada la hora de afrontarlos.

¿Y cómo hacer cualquiera cosa que sea útil y grande sin arriesgar algo? La vida de todos los que viven de verdad, de todos los que luchan y que conquistan, no está llena de riesgos?

Por el contrario; además, ¿no corremos también un terrible riesgo en disminuir por este medio tradicional de la reacción, nuestra propaganda por la acción directa?

Naquet evoca, después de otras varias, la Comunque y su aniquilamiento. «Que se haga una nueva edición, dice, el movimiento será muerto por toda una generación, quizá por dos». ¿Y no estará más seguramente muerto si no nos atreviéramos á hacer lo que es preciso para impedir que se encenaga en las vías del socialismo aburguesado?

Muy bien CHARLES ALBERT

La independencia de América

A Manuel Ugarte

Los europeos fueron á América como conquistadores.

En la actualidad América conquista europeos.

Tras de Colón se agruparon los aventureros que ambicionaban dominios y riquezas y se impusieron por la fuerza; con la cruz y con la espada establecieron el régimen de la fe y de la obediencia para los desheredados y el de la autoridad y la propiedad para los privilegiados.

Tras la expropiación general de los antiguos poseedores de la tierra americana, que representó el hecho de poner en ella su planta el europeo, los primeros cambios consistieron en cascaables y cuentas de vidrio europeos por alhajitas de oro americanas.

Lo que debió ser un grandioso descubrimiento científico y una inmensa satisfacción del sentimiento fraternal, porque hubiera debido significar pura y simplemente el conocimiento de la extensión y de la integridad del planeta y la determinación de los límites de la familia humana, no pasó de ser una dilatación de la usurpación propietaria. El número de pobres y ricos del Mundo Antiguo se aumentó con el de los del Nuevo Mundo; es decir, creció enormemente el número de hermanos convertidos en enemigos.

Durante los tres primeros siglos del descubrimiento se fueron desarrollando á la europea las colonias americanas, y cuando adquirió condiciones viables el dualismo infame denominado *capital y trabajo*; es decir, cuando la civilización americana se niveló con la europea, demarcando bien la división de pobres y ricos, de propietarios y proletarios, de explotadores y explotados, surgió la idea de la independencia, pudo realizarse y se realizó.

Cuando todas las colonias americanas pudieron, á semejanza de las metrópolis europeas, garantizar á los propietarios el goce del uso y del abuso de sus propiedades y sometier a los esclavos y á los aslariados al derecho de acción, se declararon independientes y proclamaron la república.

¡Cuán verdad es que la república es aún opresión y tiranía!

¡Cuán poco se diferencia el grito de ¡viva la república! que dan hoy los socialistas á las órdenes de Pablo Iglesias, del de ¡vivan las caenas! que hace un siglo, por instigación del partido apostólico, daban los campesinos españoles!

¡Viva la república y en la República Argentina, para asegurar el éxito de una gran fiesta burguesa, sin motivo ni pretexto, se arroja á los trabajadores con el estado de sitio!

Metropolitanos privilegiados y coloniales usurpadores del patrimonio universal todos son unos.

La monarquía española envía una embajada, compuesta de unos cuantos burgueses presididos por una infanta, á aquella fiesta, y en ella los burgueses mandarines reciben, mostrarles lo que se podría hacer por otros métodos para su emancipación.

la vida, habiendo antes acallado á tiros y á sablazos la voz proletaria de *La Protesta, La Batalla y La Vanguardia*, de haber embarcado trabajadores en un barco de guerra que ha merecido llamarse el *Montjuich flotante*, de haber expulsado trabajadores extranjeros, de haber saqueado los centros obreros de la capital y de haber entrelazado entre los obreros conscientes el espionaje de los confidentes y los agentes provocadores.

No negaré á Manuel Ugarte la razón que le asiste diciendo que el movimiento independiente de América fue en su principio una protesta contra la atrocidad virreinal; pero no me negaré á Ugarte que el tal movimiento no pudo producirse antes, tuvo su oportunidad, y esa oportunidad consistió, y queda dicho, en que la vida social á la europea quedaba ya organizada, y en que la usurpación propietaria por la herencia y la acción podían funcionar libremente en el territorio de las colonias, convertidas en naciones independientes, sin la garantía del poder metropolitano y bajo la salvaguardia de la república.

Ahora pueden ir ricachones europeos á Buenos Aires, como van á Niza, á Mónaco, á París, á Roma, á Berlín, á Londres, etc., porque los millones heredados ó adquiridos por la acción circulan libremente en repúblicas y monarquías; pero á los trabajadores que el capitalismo europeo estiva como sardinas en los trasatlánticos, no les queda más porvenir que abonar con su sudor, con su sangre y con sus huesos las llanuras de la Pampa.

ANSELMO LORENZO

Recomendamos á los paqueteros y correos que á la mayor brevedad se pongan al corriente con esta administración, al objeto de no interrumpir la publicación del periódico.

La nivelación anarquista

Pío Baroja publica en *El Radical* un artículo titulado «Falta de selección». Sobre tal artículo vamos á hacer unos ligeros comentarios. Pero primero véase algo de lo que dice Baroja:

«La nivelación que predica el anarquismo, decretada porque sí, no tiene valor alguno; tendría valor si esta nivelación existiese en la naturaleza; pero como no existe, como he de haber entre los árboles y entre los hombres individuos altos y frondosos y otros pequeños y achaparrados, lo conveniente sería no cortar los grandes para que sean iguales á los pequeños, sino dejar que todos crezcan y hasta hacer que los fuertes puedan proteger á los débiles.

«Hay gentes á quienes toda idea de superioridad molesta, y quisieran, para borrar las categorías, reducirlos todos á cero.

«A mí no me molesta nada que Edison sea un gran sabio, ni que Tolstói sea un gran escritor, ni que los hermanos Wright sean unos hombres de extraordinario ingenio, y como todos ellos trabajan para mí, en tanto que yo pertenezco á la humanidad, yo quisiera que esos hombres beneficiados tuvieran todos los medios posibles de desarrollarse por sus ideas.»

«Y á mí, señor Baroja, no sólo no me molesta que Edison, Tolstói y los Wright sean lo que son, sino que lo celebren, y quisiera, como usted, que tuvieran todos los medios posibles de desarrollar sus ideas, pues admito toda superioridad natural: talento, subiduría, actividad, fuerza, belleza, etc. Y precisamente porque deseo que todos tengan los medios necesarios para su desarrollo intelectual, me siento fiero, para que puedan producir cuanto sean capaces, es por lo que soy anarquista, una vez convencido de que en la sociedad capitalista es imposible tal cosa.

Porque en esta sociedad, donde cualquiera está capacitado para hacer el mal, nadie, por buenas intenciones que tenga, puede hacer el bien... porque la acción del capital principalmente lo impide... y á los puestos sociales más altos, en donde los hombres se convierten en jefes, suben no los más fuertes ni los mejores, sino los más adaptables á un medio social mezquino, los más viles en el fondo.»

Todo eso que va entre comillas diceo usted, señor Baroja, refiriéndose exclusivamente á España; pero yo ve que yo lo aplico á la sociedad en general; porque no sólo es en España donde sucede, sino en todas partes.

Lo mismo que hoy ocurrirá en tanto que subsista la organización social autoritaria y capitalista, pues en la autoridad y en la propiedad es donde radica el mal, que no se extirpará con la influencia de su pretendida aristocracia de inteligencia y de bondad, sino con la inteligencia y bondad común á la especie, con la acción sabia y energética de la colectividad, que pondrá término á todos los males que hoy aquejan á una sociedad armónica y libre en la que todos serían igualmente considerados, tanto si tuvieron la suerte de ser otados por la naturaleza de gran inteligencia, como si les cupo la desgracia de nacer imbeciles.

Más el señor Baroja no está conforme, no puede estar conforme con esta nivelación de valores sociales que predicamos los anarquistas, pero no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir, de una aristocracia de la inteligencia y no le cabe en la cabeza eso de que un pelagatos cualquiera sea tanto, socialmente considerado, como un novelista, por ejemplo; y tampoco puede, por tanto, creer que la humanidad se redima por sí misma, sino que su redención habrá de ser decretada por un «Gobierno», ó algo así, constituido de personas inteligentes y bondadosas (!); es decir